

Conceptos en las Ciencias Sociales: ¿Traducción o Interpretación?

Javier Ortiz García
Univ. Autónoma de Madrid

Está claro que cualquier traducción es una interpretación; pero, ¿quién es el autor/a de esa traducción, quién es el destinatario/a?¹ ¿cuál es el propósito? Los problemas que ofrece la traducción tienden a discutirse como si fueran cuestiones entre autores (y sus amigos) por una parte, y entre traductores por otra. Sin embargo, el verdadero dilema de la interpretación surge entre el autor y el lector. Y el problema está ahí, incluso cuando el lector hace uso del texto original y no de una traducción. No podemos comenzar a atajar el problema de la traducción de textos de ciencias sociales y humanidades hasta que lleguemos a analizar cómo se escriben y cómo se leen esos textos.

Comienzo dando por bueno que los autores escriben con el fin de comunicar sus puntos de vista sobre un tema con la esperanza de que sus opiniones sean comprendidas, aunque el lector ni estime ni esté de acuerdo con esas opiniones. También doy por sentado que ni el autor se ve obligado a escribir, ni el lector a leer lo que aquél escribe. El escritor simplemente desea comunicar algo y el lector, por alguna razón, desea enterarse de lo que el autor dice. Estos supuestos son, con certeza, muy

1 A partir de ahora y con el único propósito de abreviar, sólo enunciaré el masculino de los sustantivos que deberían aparecer también en femenino (destinatario/a, lector/a, traductor/a, etc.).

limitados, pero, en mi opinión, representan la situación generalizada en los textos de investigación de las tradicionalmente llamadas 'letras'.

El acto de escribir revela todas las dificultades y contradicciones del pensamiento del mundo real. No se puede reproducir la realidad, ya que la única manera de hacerlo sería reviviéndola en su totalidad y eso es intrínsecamente imposible. Nos encontramos, pues, limitados a expresar una visión reducida de la realidad; asumimos implícitamente que, aunque reducida, esa visión captura la parte esencial de la realidad. Con el fin de expresar esta visión reducida de la realidad utilizamos una variedad de símbolos, que en su mayor parte son palabras o frases. Y las palabras claves de un estudioso, sobre todo en el mundo de las letras, son aquellas que llamamos conceptos.

Un concepto no es una nimiedad. Tomemos como ejemplo conceptos centrales, alguno de los cuales analizaremos después: autoridad, liberalismo, subconsciente, terrorismo, suburbio. Cada uno de estos conceptos forma en sí mismo toda una teoría. En algunos casos el autor se inventa la palabra (o la frase); en otros, el escritor se sirve de una palabra acuñada en un contexto que le es propicio, y la da un nuevo significado.

No se puede escribir un texto sin conceptos; incluso la descripción más empírica que podamos encontrar tiene que apoyarse en conceptos. Un censo, por ejemplo, da porcentajes de categorías, pero esas categorías listadas son precisamente los conceptos. Por lo general utilizamos los conceptos por razones pragmáticas: abrevian lo que de otra manera sería excesivamente largo y prácticamente ilegible. No obstante, es mucho más importante el uso del concepto que hacemos con el fin de orientar al lector hacia la visión que tenemos del mundo real. La utilización de un concepto es el elemento más útil que tenemos para persuadir y, por tanto, influir en la realidad actual del lector. De este modo nos encontramos de lleno en un juego político; al escribir intentamos moldear el mundo, aún a sabiendas de que la inmensa mayoría de los escritos no tienen ningún impacto en el mundo.

He llamado a la escritura enfocada a la investigación un juego político y voy a explicar lo que quiero decir con ello. La palabra 'político' es, por supuesto, un concepto, y la he utilizado aquí de un modo que no es al que normalmente atiende. La política, tal y como la entiendo aquí, es algo más que la mera lucha por el poder en las estructuras gubernamentales. Por política debemos entender en este contexto todos y cada uno de los

intentos de manipular y/o influir en las decisiones públicas, o de transformar las relaciones entre los diversos grupos sociales. Puede que la siguiente pregunta que el lector de este artículo se haga es qué entiendo por 'públicas', pero prefiero dejar aquí un discurso que nos llevaría demasiado lejos del objetivo de este estudio. Quiero regresar un momento, no obstante, al concepto del concepto. He mencionado antes que el uso de conceptos es un acto político. Muchos autores escriben durante largos periodos de tiempo: 30 ó incluso 40 ó 50 años, y en ese lapso de tiempo es posible que ellos mismos hayan cambiado, el mundo haya cambiado y, por tanto, sus teorías de la historia hayan cambiado, hayan sido rectificadas o incluso anuladas. Algunos estudiosos solucionan este problema introduciendo nuevos conceptos y otros simplemente utilizan la palabra de manera variada. Incluso cuando la diferencia sea casi inapreciable, seguro que es significativa.

Al tiempo que un autor tiene sus propios lectores, otros estudiosos están investigando ese mismo campo. Es esta la razón por la que, por lo general, siempre existe algún tipo de discusión pública de esos conceptos (aunque sólo sea por escrito). El escritor tiene múltiples lectores y cada uno de ellos tiene una biografía social propia que le condiciona en su lectura; cada lector interpreta el texto a su manera, por lo que nos encontramos con tantas interpretaciones como lecturas. Algunas de ellas puede que incluso sorprendan al escritor, que con toda seguridad las considerará erróneas. Aunque parezca extraño, se puede dar el caso de que muchas de estas interpretaciones sean correctas, siempre y cuando entendamos por correcto que el lector haya descifrado adecuadamente las teorías del autor junto al mensaje inmediato del texto. La adecuación de la que hablo es la que viene definida por el autor; la cuestión se complica todavía un poco más si introducimos el elemental supuesto psicoanalítico que dice que el escritor puede llegar a expresar opiniones con contenidos subconscientes diferentes a los que se manifiestan argumentalmente. En este caso, una interpretación considerada errónea por el autor puede ser más adecuada que la propia elaboración argumentativa del escritor.

Vemos en consecuencia que entre el autor y el lector existe un abismo sobre el que éste tendrá que saltar para poder juzgar lo que aquél dice. Si el abismo es pequeño, puede que el lector lo logre. Pero este abismo se ensancha en relación directamente proporcional con las diferencias biográficas sociales entre lector y autor: diferencias de edad, clase, etnia,

política, educación, localización geográfica y, por supuesto, de tiempo histórico (porque el lector y el autor pueden estar separados por siglos e incluso milenios). Se puede percibir, por tanto, que hay numerosas diferencias antes de llegar a las lingüísticas, es decir, antes de ni siquiera acercarnos a la cuestión de traducir símbolos de un idioma a otro.

Los hay que defienden que este abismo no debe ser sobrepasado, no sólo por la imposibilidad misma del hecho, sino porque también es desaconsejable. Tales personas argumentan que cada lector es capaz de hacer uso del texto de la mejor manera posible para sus intereses. Yo creo que esa opinión es simplemente fatua. ¿Para qué necesitamos escritores si lo único que están haciendo es garabatear unas palabras para que sean interpretadas, refundidas o borradas por cada uno de los lectores que se acercan al debate? El resultado lógico de este planteamiento es una especie de nihilismo desesperanzado que obliga a renunciar a la vida y a la política real y eso es algo que a mí no me interesa en absoluto.

El lector tiene una responsabilidad moral hacia la comprensión del texto que lee y, ya que existen incontables autores, lo que debemos hacer es una selección que se adecúe a nuestros intereses e intentar comprender una pequeña parte del todo. Ahora bien, una vez que hemos elegido, adquirimos un compromiso intelectual de comprensión que forma parte de nuestras obligaciones morales y de las obligaciones de la política que defendemos.

Esto no quiere decir que el autor sea libre de escribir cualquier confusión o irrelevancia que le venga en gana; cualquier estudioso que, deliberada o subconscientemente, escriba de manera que su comprensión sea difícil y/o imposible se verá, con toda probabilidad, eliminado de las selecciones a efectuar por los lectores potenciales. Un autor que busca comunicar algo, normalmente tiene un tipo de lector en mente. Es probable que el escritor haga suposiciones conociendo de antemano el grupo de lectores que va a hacer uso de ellas; si, por ejemplo, utiliza una alusión o una metáfora, él ya sabe que su lector tiene la educación y el conocimiento suficiente para apreciarlo. Cuando el escritor emplea un concepto se supone que el lector ya conoce la teoría implícita; en caso contrario, dicho concepto deberá ir acompañado de una explicación.

La tarea del lector es en muchos casos más difícil que la del escritor, porque aquél es probable que no comparta la biografía educativa de éste. El concepto puede que no le sea familiar, o lo que es peor, que esté

empleado de modo diferente al que el lector esperaba. Llegados a este punto, el lector se ve sumergido en un ejercicio de detección, mediante el cual, y ayudándose de algunas claves y de la investigación (es decir, de otras lecturas), tiene que reconstruir la biografía del autor (saber de donde procede) y así llegar a comprenderle. No todos los lectores están dispuestos a involucrarse en esta extenuante y ardua tarea y de ahí la gran cantidad de interpretaciones erróneas.

El lector que no conoce el idioma del original se encuentra frente a una barrera de formidables dimensiones. Muchos lectores no son capaces de superarla y es aquí donde entra el traductor como guía interpretativo. Pero, ¿cuáles son las reglas (si es que las hay) que nos permiten juzgar si el guía ha realizado satisfactoriamente su trabajo? La traducción es un arte antiguo que hoy en día se está convirtiendo en una profesión cada vez más burocratizada. Los debates sobre la traducción han sido múltiples, aunque en mi opinión, en muchos de ellos se ha dejado al margen el mundo del conocimiento. En muchas ocasiones los problemas de la traducción se han tratado como meras dificultades técnicas más que epistemológicas. Por ejemplo, se ha utilizado hasta la saciedad el debate de la fidelidad de la traducción con el original, es decir el manido *traduire-tradire*. Tradicionalmente se reconocen los dos extremos como inadecuados: la traducción literal por un lado y la excesivamente libre por otro. Pero nos queda un amplio terreno entre medias, por lo que quizá deberíamos preguntarnos si el concepto de fidelidad es relevante en esta controversia. Cada idioma tiene una historia diferente, una sintaxis diferente, unos campos semánticos connotativos diferentes, por lo que prácticamente nunca existe una trasposición perfecta de significados de un idioma a otro. Cualquier estudioso bilingüe que haya tratado de traducirse a sí mismo habrá comprobado este hecho. ¿Cómo puede un escritor o un lector esperar que una tercera persona consiga esa trasposición perfecta, cuando ni siquiera un autor bilingüe es capaz de hacerlo?

Este análisis se convierte en un problema grave si lo asociamos con la precisión y claridad que requiere el empleo de los conceptos. Acabamos de ver que, aún dejando de lado la complicada trasposición lingüística, existe un área borrosa que abarca el significado dado por el autor y la habilidad del lector para descifrar o comprender mínimamente ese significado.

Para ilustrar lo dicho anteriormente voy a dar dos ejemplos. Durante los 20 ó 30 últimos años se ha venido utilizando en los Estados Unidos el

concepto *inner-city ghetto*. Este concepto es hoy día popular tanto en trabajos de investigación como en la prensa escrita. El concepto sostiene que a lo largo de los años ha habido una concentración histórica en las zonas centrales de las grandes ciudades por parte de personas de clase social baja pertenecientes en su mayor parte a grupos minoritarios. Estas comunidades suelen tener una alta tasa de desempleo y, en consecuencia, una elevada utilización de los servicios sociales del Estado. Al estar asociados con la criminalidad, estas áreas son, cuando menos, consideradas de acceso 'peligroso'. Todo esto es lo que evoca el término *inner-city ghetto*. Se podrían añadir múltiples consideraciones conceptuales: hostilidad hacia la policía por parte de los residentes, tendencia a los disturbios, prestaciones (comercios, áreas de recreo, etc.) inferiores a las de otras zonas o bajo porcentaje de participación en cualquier tipo de votación. La lista podría seguir, pero no es relevante saber si esto es bueno, malo o regular. Lo que importa es que esta teoría tiene validez hoy en día y que el autor que emplee esa alocución debe esperar que el lector la entienda de ese modo.

Ahora, traslademos la escena a España. En mi opinión, España ha sufrido un desarrollo histórico análogo al de los Estados Unidos en este aspecto, aunque con algunos años de retraso en el debate público (por razones que no interesan en este estudio). Sin embargo, este peculiar asunto aparece con frecuencia en los titulares de la prensa diaria. En España se discute con la etiqueta de los 'suburbios'. En el suplemento de Madrid del diario *El País* del 20 de Junio de 1995 se puede leer el siguiente titular: "Joven de 19 años aparece muerta en uno de los suburbios del sur de Madrid". La teoría histórica que esconde el concepto 'suburbio' es casi idéntico al de *inner-city ghetto*. Sin embargo, el significado que nos da el diccionario de 'suburbio' es *suburb*. Este uso extraño para el lector conocedor de la escena social de los Estados Unidos, que no de la española, procede de una diferencia peculiar entre los dos países. Mientras que en Estados Unidos durante los últimos 100 años las clases medias siempre han tendido a desplazarse del centro de las grandes ciudades hacia los suburbios, en España son las clases más pobres las que se han visto obligadas a abandonar el centro hacia los suburbios. Encontramos, pues, un fenómeno casi idéntico en los dos países, aunque con una variación significativa: la localización geográfica de las zonas; en Estados Unidos las clases más pobres se asientan en el centro de las ciudades, mientras que en España es en los suburbios. Por

desgracia, los conceptos elegidos en cada país se refieren precisamente a ese aspecto geográfico, por lo que nos encontramos con una situación que parece idéntica pero que en realidad es casi opuesta. Ante este problema, ¿qué debe hacer el traductor?

Si un traductor estadounidense se decidiera a traducir el titular de *El País* "en uno de los suburbios del sur de Madrid" y lo hiciera literalmente *in one of the southern suburbs of Madrid*, llevaría al lector norteamericano a creer que el artículo trata de una comunidad de clase media, porque esa es la connotación que *suburb* tiene en Estados Unidos. También lo podría traducir *in one of the southern inner-city ghettos of Madrid*. ¿Consideraríamos esa traducción correcta? No del todo, porque aunque sea adecuada en un sentido, no lo es en muchos otros, como el de la localización geográfica. En cualquiera de las dos traducciones posibles, el riesgo de confusión que se crearía en el resto del artículo sería enorme. A veces se acompañan las traducciones de incómodas notas explicativas y, aun en ese caso, el traductor tendrá que decidirse por una de las dos equivalencias a su disposición.

No tengo la intención de resolver un problema que aparenta ser muy simple pero que resulta ser extremadamente espinoso. Tampoco quiero suscitar el problema de lo que el traductor se verá obligado a hacer en el año, digamos 2200, cuando puede que este concepto no tenga ninguna importancia o que la localización geográfica de las clases más bajas haya cambiado en uno o en los dos países. Solamente quiero ilustrar con el ejemplo un hecho claro: lo que interpretamos al traducir *inner-city ghetto* es una teoría de la historia, y la solución a la que lleguemos tendrá que tener ese factor muy en cuenta. Queda, pues, claro que el traductor debe conocer la evolución histórica y su reflejo en los dos países, España y los Estados Unidos en este caso, para hallarse en una disposición ventajosa a la hora de reflexionar sobre los problemas que la traducción le suscita.

El segundo ejemplo que quiero utilizar es el concepto de 'liberalismo' y el sustantivo/adjetivo derivado de él, 'liberal'. El origen de la palabra se remonta a los comienzos del siglo XIX. Ha habido numerosos problemas a la hora de encuadrar la primera aparición del término, aunque hoy en día la mayoría de los investigadores parecen estar de acuerdo en el origen español del 'partido liberal' en 1810. Este partido abogaba por la libertad de prensa y por las reformas constitucionales entre otras cosas. Desde entonces ha existido una historia del concepto 'liberalismo' que llega hasta nuestros días. La palabra tuvo tal vínculo con la historia

política e intelectual británica que puede llegar a sorprender que se asocien sus orígenes con España. Y este hecho en sí mismo merece reflexión.

Existen (y existieron) un gran número de partidos políticos que se hacen llamar liberales. De todos es sabido que estos partidos oscilan en sus ideologías políticas entre la izquierda y la derecha. ¿Por qué no sólo todos ellos acuñan el mismo nombre sino que además se agrupan en la misma asociación, la Internacional Liberal? Parece ser que todos piensan que tienen algo en común. También existe una etiqueta política de 'liberal' en algunos países, como es el caso de Estados Unidos, donde en las elecciones presidenciales de 1988 George Bush llegó a acusar a su oponente del Partido Democrático de adscribirse a la izquierda política, llamándole 'liberal'. Pero el problema no acaba aquí, ya que en Europa el liberalismo (o el neo-liberalismo) se refiere al compromiso de una economía de mercado no controlada por el Estado, mientras que en Estados Unidos los que se autodenominan conservadores utilizan el término 'liberalismo' para significar las interferencias del Estado en la economía. Esto se debe, en parte, a una doble acepción del término que se remonta al siglo XIX: el liberalismo político frente al económico. El liberalismo político relaciona los derechos políticos del individuo frente a los del Estado, mientras que el económico habla de la autonomía del empresario frente al Estado.

La confusión lingüística encubre un profundo debate conceptual de casi 200 años. Si leemos una serie de libros cuyo objetivo sea tratar el liberalismo como concepto, encontraremos que las definiciones ofertadas (y las teorías históricas detrás de ellas) pueden llegar a ser diametralmente opuestas. Para algunos la diferenciación entre el liberalismo político y el económico es fundamental; para otros, ni siquiera existe. Para unos el liberalismo es una ideología anti-estática; para otros es pro-estática. Para unos, en fin, el liberalismo triunfó ante el colapso del comunismo en 1989; para otros el liberalismo también cayó destruido ante los mismos acontecimientos.

Nos encontramos aquí un concepto común en la literatura política de nuestro tiempo, en el que la gama de significados es amplísima. De esta manera, un lector que quiera descifrar el texto debe discernir el significado con el que un autor determinado ha empleado ese término. De nuevo nos enfrentamos con la pregunta anterior: ¿qué se supone que debe hacer el traductor en un caso así? Esta situación es especialmente difícil, ya que

en casi todos los idiomas procedentes del indoeuropeo (y en otros muchos con orígenes diferentes también) el término equivalente es un cognado. La gran tentación, quizá el gran acierto, sea el empleo del cognado, aún sabiendo que nos puede acarrear problemas. Si trabajamos del inglés al alemán, la traducción del término *liberal extremism* de un autor norteamericano conservador por medio de un cognado no es válida, ya que el lector alemán pensaría inmediatamente en el FDP, que es el partido asociado con el liberalismo en Alemania. Pero como el FDP es un partido de política conservadora y en absoluto extremista, la confusión está servida.

El traductor también se enfrenta al problema del tiempo: un análisis de la Revolución Francesa en 1995 es factible que oponga 'liberalismo' y 'jacobino'. En 1830 ese mismo análisis habría utilizado los dos términos como sinónimos. Supongamos que estamos traduciendo una antología con material de la Revolución Francesa; ¿traducimos el 'liberalismo' escrito en 1830 igual que el escrito en 1995? El traductor puede acudir a las notas explicativas, o incluso escribir un artículo sobre los distintos empleos del término "liberalismo". Pero lo verdaderamente importante aquí es que el problema no es técnico sino intelectual. Y en este caso, más incluso que en el ejemplo de los suburbios, la decisión del traductor es sustantiva. La teoría histórica del traductor comienza a ser decisiva, pero, ¿debe suplantar a la del autor original?

Hasta ahora he analizado dos cuestiones. La primera concierne lo que he dado en llamar concepto del concepto. La segunda es la manera de traducir esos conceptos de un idioma a otro. En la práctica, el símbolo que empleamos para representar el concepto se utiliza de modo diferente, no sólo por varios autores, sino a veces por la misma persona en situaciones diversas. Los conceptos tienen historia, evolucionan históricamente y no se puede llegar a entenderlos sin referencias del proceso histórico general. No es un accidente que el empleo más antiguo del Partido Liberal date de 1810, porque la teoría histórica que lleva implícita no se podía haber conceptualizado antes de la Revolución Francesa. Tampoco es ninguna casualidad el gran aumento de los usos contradictorios del término según hemos visto, porque, en mi opinión, reflejan la estabilidad ideológica del sistema histórico.

Para que un lector entienda el empleo del concepto 'liberalismo' o 'suburbio' o el de 'superego', 'legitimación' o 'solidaridad' es necesario que posea un amplio conocimiento de la historia mundial y de la historia de la

reflexión intelectual de esa misma historia mundial. Muchos de los lectores no poseen esos conocimientos, y así es fácil caer en malinterpretaciones y lecturas erróneas. El traductor se encuentra con este problema al igual que cualquier otro lector, pero con muchas más responsabilidades. Después de todo, si un lector individual malinterpreta el texto, él mismo sufre las consecuencias, pero si ese mismo error es de un traductor, seguro que lleva al equivoco a muchos lectores.

Esto me lleva a una conclusión simple que con toda seguridad no complacerá a muchos que, en algún momento, hayan hecho traducciones de cualquier tipo. La traducción es una tarea que requiere un tremendo esfuerzo de erudición y que merece situarse entre los mayores logros intelectuales cuando se hace bien. Merece, por tanto, un gran aprecio y una mejor recompensa económica. Pero en el otro lado de la moneda nos encontramos con que el entrenamiento que el traductor necesita va más allá del conocimiento lingüístico y de las técnicas de la traducción. Me parece difícil que alguien sea capaz de traducir adecuadamente un texto de humanidades sin conocer en profundidad la literatura del tema en cuestión en los dos idiomas con los que trabaja. En resumen, para traducir filología uno tiene que ser un estudioso de la filología y para traducir antropología uno ha de ser un experto antropólogo. Quizá sea este hecho más palpable con las llamadas lenguas oscuras; muy pocos traductores que no sean realmente expertos en el tema se dedican a traducir textos de Pali Budista, por ejemplo. Pero cuando se trata de un idioma considerado más asequible, los criterios parecen cambiar.

Lo que necesitamos con urgencia es el reingreso de la traducción en el mundo de la investigación. Los traductores deben ser especialistas y la traducción debe observarse como un acto de investigación. Eso significa que debemos desarrollar un tipo de traducción que sea el resultado de una investigación del significado histórico de los conceptos y de la historia de sus empleos, desde la que se puede llegar a una interpretación verosímil del texto. Una interpretación verosímil no es una virtud menor, sino que es uno de los objetivos supremos de la investigación. La traducción es un modo tan importante como otro cualquiera de abordar una interpretación creíble.

Bibliografia

Kelly, L.G. (1979), *The True Interpreter*. Oxford: Blackwells.

Norton, Glyn (1984), *The Ideology and Language of Translation*. Geneva: Droz.

Steiner, George (1975), *After Babel. Aspects of Language and Translation*. London: Oxford University Press.

St-Pierre, Paul (1993), "Translation as a Discourse of History." *TTR*, VI,1, pp. 61-82.

Venuti, Lawrence (1986), "The Translator's Invisibility." *Criticism*, XXVIII, (2), Spring, pp. 179-212.